

FORMACIÓN PARA LA COMUNIDAD³ (Aproximaciones teológicas)

I) La Iglesia es una comunión

Desde su creación el hombre posee algo común con Dios: es creado “a su imagen” (*Gn* 1,26). Creado para ser asociado a una comunidad de conocimiento y de amor con Dios tan íntima cuanto puede darse entre seres libres⁴. Pero no lo creó solo: desde el primer momento “los creó hombre y mujer” (*Gn* 1,27). La comunidad de conocimiento y de amor a Dios se debía realizar en una comunión entre hombres⁵.

No obstante, desde el comienzo el hombre ha rechazado esta comunidad que le había sido ofrecida⁶. Esta ruptura de la comunidad de conocimiento y de amor del hombre con Dios, trae consigo la ruptura de la comunidad de los hombres entre sí⁷.

El diálogo de Dios con la humanidad ha sido roto por el pecado, pero Éste provoca una nueva manifestación del amor de Dios por su creatura: el plan de Dios toma la forma de una reconciliación, de una reconstrucción de la unidad perdida. Dios elegirá un hombre (Abraham) y formará de él, un pueblo (Israel) con el cual establecerá una Alianza. Esta Alianza que es comunidad, que es unión conyugal (*Os* 2), se irá desarrollando como diálogo a medida que en Israel surge la noción de pueblo “cualitativo”, “resto”, que llegará a su culmen en la Encarnación.

El N. T. expresa el Misterio Pascual del Señor utilizando la imagen de Isaías del siervo de Yahvé (*Is* 53), en el que se une -y es prácticamente imposible disociar- el individuo y la comunidad: el Siervo de Israel, pero conserva rasgos individuales, es el que lleva (carga) sobre sí el pecado del mundo (*Jn* 1,29) es, en resumen, el Siervo solitario y solidario. El pecado es rebelión contra Dios que se entrega, es romper la Alianza, rechazo de la comunidad. En Isaías (*Is* 1,2-4) el pecado es no conocer a Dios (*iada*), es rebelarse (*peshá*) contra Él, es romper la intimidad casi conyugal con Dios (san Pablo diría: la “koinonía”)⁸; por eso el pecado disgrega al pueblo de Dios, lo divide, lo dispersa⁹. Cristo Jesús, el Hijo de Dios, enviado por el Padre, sella con su sangre, la nueva y definitiva Alianza, recreando la unidad rota por el pecado. Esta solidaridad en la salvación y en el pecado la encontramos sintetizada en el tema paulino de los Adanes. Todos participamos en la “fecundidad” del pecado de Adán (de su no querer escuchar), y a la inversa, todos participamos de la “fecundidad” salvadora de Cristo (*Rm* 5,12-21; *Flp* 2,6-11).

Fecundidad de la que participamos por medio de nuestra inserción bautismal. Pueblo único (*Ef* 2,14), y universal pero en el que cada hombre es salvado y amado por Dios (*Ga* 2,20).

En el pensamiento de Pablo y de Juan aparece claramente que la comunión eclesial (la “koinonía”) es una realidad ya cumplida en Pascua. Por la Cruz que lleva a la Resurrección, Jesús ha re-creado la unidad de los hombres con el Padre y la unidad de los hombres entre sí (*Ef*

³ Trabajo presentado por la Comunidad monástica de Los Toldos en la reunión de la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur, 1969.

⁴ *Gaudium et Spes* n. 12.

⁵ *Gaudium et Spes* n. 12.

⁶ *Gaudium et Spes* n. 13.

⁷ *Gaudium et Spes* n. 13.

⁸ A. GELIN, “El hombre según la Biblia”, Ed Stella, Buenos Aires, 1965, p. 97.

⁹ R. SWAELES, osb, “Reunificación y peregrinaje de los dispersados”, *Asambleas del Señor* 78, Ed Marova, Madrid, 1966, pp. 41 ss.

2,14-18; *Col* 1,21-23; 3,14-15; *Ga* 3,28). “Todos los hombres son llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios.

Por lo cual este pueblo siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos, para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana, y determinó congregarse en uno a todos sus hijos que estaban dispersos (cf. *Jn* 11,52)”¹⁰.

Cristo y Su Cuerpo que es la Iglesia, es el instrumento único y eficiente de esta obra de reconciliación. La Iglesia parece entonces como una comunidad en vías de convocación, llamada a “reunirse”. La Iglesia es, en sí misma, la revelación para los hombres de la entrada de Dios por Jesucristo en la Historia de la Salvación, el signo del acontecimiento salvador actualmente presente y activo en el mundo por la comunicación del Espíritu Santo. San Pablo la llama como a Cristo, el Misterio (*Ef* 3,8-11; 5,32). “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”¹¹.

Llamada a revelar al mundo el Misterio del Señor, la Iglesia es palabra y signo para el mundo entero. Es el signo sensible, que realiza aquello que significa: la misión de reconciliación y de comunión para la cual el Padre ha enviado a Cristo. Así, cuando san Pablo aplica la expresión de Cuerpo de Cristo a la Iglesia, quiere significar el cuerpo único, el cuerpo personal de Cristo muerto y resucitado, principio de una nueva creación, que reúne en Él y en Su Espíritu por medio de los sacramentos y principalmente de la Eucaristía, a la asamblea de los creyentes. “Como este pan partido, estaba disperso y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu Reino”. “Reúne desde los cuatro vientos a la Iglesia que tú has santificado, en el Reino que le has preparado”¹².

Suscitada por la comunión de la Fe profesada en el bautismo, la Iglesia se perfecciona por la comunión del mismo Pan Eucarístico que pone a los cristianos en contacto con el cuerpo resucitado del Salvador, asimilándolos a su cuerpo personal. Es Dios mismo quien en Cristo, convoca a los fieles, es El que los une en un cuerpo por el Espíritu Santo. Y es por ello que la unidad que los reúne, aún permaneciendo inmanente en ellos, no viene de ellos, porque es de orden divino. La Iglesia está fundada esencialmente en la unidad del cuerpo muerto y resucitado del Señor. La Iglesia es así la forma sensible que reviste la gracia de Dios cuando se la considera según la totalidad y la universalidad del plan salvífico, de tal manera que la realización se continúa en dependencia de la Encarnación. Decía san León: “Aquello que ha sido manifestado en Cristo, ha pasado al misterio revelador de la Iglesia”¹³.

La Iglesia, signo de la venida de la gracia divina en Jesucristo, tiende como algo propio, a su plenitud escatológica. Es el punto de encuentro donde el mundo futuro, venido a nosotros en Jesucristo, alcanza al mundo presente para llevarlo a su destino escatológico¹⁴.

Nota: Hermosamente expresa el hecho de la “reunión” en Cristo, D. Bonhoeffer: “Vida de Comunidad”, Ed Methopress, Bs. As., 1966: “Él es nuestra paz” (*Ef* 2,14), dice Pablo de Jesucristo, en el cual queda unida la vieja humanidad dividida. Sin Cristo hay discordia entre Dios y el hombre, y entre hombre y hombre. Cristo se convirtió en mediador e hizo la paz con Dios y entre los hombres. Sin Cristo no conoceríamos al hermano ni podríamos llegar a él. El camino está bloqueado por el propio yo. Cristo ha franqueado el camino que conduce hacia Dios y hacia el hermano. Ahora los cristianos pueden convivir en paz; pueden amarse y servirse los unos a los otros; pueden llegar a ser un solo cuerpo. Pero también en el futuro podrán hacerlo únicamente por medio de Jesucristo. Únicamente en Jesucristo somos un solo cuerpo; únicamente por medio de Él estamos unidos. Él sigue siendo el único Mediador por la eternidad. Cuando el Hijo de Dios se hizo carne aceptó real y corporalmente y por pura gracia, nuestro ser, nuestra naturaleza; es decir, a nosotros mismos, lo quiso la eterna voluntad del Dios Trino. Ahora

¹⁰ *Lumen Gentium* n. 13.

¹¹ *Lumen Gentium* n. 1.

¹² *Doctrina de los doce apóstoles (Didache)* caps. IX,4 y X,5, BAC, Madrid, 1950, pp. 86 y 87.

¹³ PL 54,398.

¹⁴ *Lumen Gentium* n. 48.

nosotros estamos en Él. Donde Él esté lleva nuestra carne, nos lleva a nosotros. Donde está Él estamos también nosotros: en la Encarnación, en la Cruz y en la Resurrección. Nosotros formamos parte de Él por estar en Él. Por esta razón la Escritura nos llama el Cuerpo de Cristo. Ahora bien: si antes de poder saberlo y quererlo estamos elegidos y aceptados en Jesucristo junto con toda la comunidad, también le pertenecemos todos juntos eternamente. Nosotros los que vivimos aquí en comunión con Él, llegaremos también a vivir en comunión eterna con Él. El que mira a su hermano ha de saber que estará eternamente unido a él en Jesucristo. La comunidad cristiana quiere decir: comunidad mediante Jesucristo y en Él. En esta presuposición descansa todo cuanto contiene la Escritura en advertencias y reglas para la vida en común de los cristianos”.

II) La comunidad es sacramento de la comunión eclesial

El hecho de que los cristianos puedan vivir ya aquí en una comunidad visible es una anticipación escatológica en el tiempo comprendido entre la muerte de Cristo y el Día del Juicio. Es la gracia de Dios la que permite que una comunidad pueda congregarse en este mundo y en forma visible, alrededor de la Palabra y de los sacramentos.

“Para san Juan es la ‘Koinonía Divina’, existente eternamente entre el Padre y Su Hijo, la que se extiende para abarcar a los hombres, haciéndolos participar en su abrazo de caridad. Nos encontramos no ante un puro ideal lejano, sino ante un misterio, participando desde ya realmente aunque no en forma completa y definitiva, de la vida trinitaria. La comunión con Jesucristo nos otorga a la vez la comunión con el Padre y la comunidad fraternal con los hermanos”¹⁵.

La Iglesia es misterio, es sacramento, es sacramento de unidad. Ahora bien, la comunidad religiosa es un misterio en el seno de la Iglesia misterio. Es un “sacramentum”, siendo a la vez una realidad y un signo, revelando en primer lugar a la Iglesia, después al mundo, que el “Misterion”, tomado en el gran sentido paulino (*Rm* 16,25-27; *I Co* 2,7-16; *Ef* 1,3-14; 3,7-13; *Col* 1,25-28 2,2-3), ha sido ya sembrado en la historia de los hombres por el Señor Jesús.

El Hijo Unigénito del Padre nos abre a través de los brazos de la Cruz a una fraternidad universal en su sangre. Ahora somos una multitud de hermanos, que recibimos la gracia de la adopción de hijos frente al Padre y la gracia de la comunidad, en que, como pueblo, nos encontramos mutuamente como portadores de la buena nueva¹⁶.

Jesús resucitado lleva en si la fraternidad de los hombres, su comunión al Padre y entre ellos. El Espíritu Santo que Él da, tiene precisamente como actividad, difundir en la humanidad este misterio cuya fuente es el Señor Jesús y sólo Él.

Desde que por el bautismo, entramos en la economía de la salvación, es en esta comunión y en esta fraternidad, dadas en Cristo donde entramos: somos “hijos adoptivos” del Padre al ser hechos “miembros de la Iglesia”, “hermanos de los santos”

La comunión y la fraternidad nos aparecen, pues, en esta luz, esencialmente como un don, el don del ágape del Padre. El signo por excelencia del amor del Padre hacia nosotros, es introducirnos gratuitamente en la fraternidad de Cristo Jesús, su Hijo Único. Puedo entrar en comunión con mi hermano, porque ambos hemos sido llamados a la comunión con el Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo¹⁷.

¹⁵ P. E. ALURRALDE, osb “La autoridad carismática - la comunidad y el individuo carismáticos”, en *Cuadernos Monásticos* n. 9, Junio 1969, p. 39. Allí mismo en las pp. 44-45 se encontrará abundante bibliografía sobre este tema.

¹⁶ D. BONHOEFFER, *op. cit.*, p. 12: “Comunión cristiana significa comunión a través de Jesucristo y en Jesucristo. Nos pertenecemos a otros únicamente por medio de Jesucristo y en Él. Esto significa que un cristiano necesita del otro por causa de Jesucristo: significa que un cristiano puede llegarse a otro por medio de Jesucristo; significa que desde la eternidad somos elegidos en Jesucristo, aceptados en el tiempo, y unidos para la eternidad”.

¹⁷ “Los *koininói* son personas que poseen algo en común, que comparten un interés común... En el empleo

La Eucaristía que nos une a todos en la comunión sacramental del mismo Cuerpo glorioso del Señor, consolida y desarrolla en nosotros este Misterio, nos consolida en la fraternidad. Pero la Eucaristía no es un rito pasajero, algunos minutos pasados juntos en la participación de un mismo culto. Como sacramento quiere pasar a la vida, y su efecto tiende a actualizarse en el destino cotidiano de los hombres. “La comunidad es el sacramento de la comunión”. Quiere ser el signo sensible y eficaz (de la misma manera que los sacramentos realizan y contienen aquello que significan: “continent quod significant”).

La comunidad quiere ser simplemente en acto, la epifanía más perfecta posible, la demostración del don esencial: Jesucristo, y en Él sólo, Dios Padre ha hecho ya a los hombres el máximo don, el don fundamental. Ha puesto en el mundo el germen de la verdadera fraternidad, fundada en la inserción en el Hijo Unigénito del Padre. Este germen está disperso aquí y allá en el universo de los hombres. Este misterio de la Iglesia universal no es realizado sino en comunidades locales, y así en la comunidad local no existe a su vez sino por y en las personas, como suma unión, como lazo interno de unidad. Cada celebración litúrgica intensifica la vida de la Iglesia Universal, su comunión con Cristo, su participación en Su vida divina. Pues cada celebración conmemora eficazmente todo el misterio de Cristo y el misterio del Cristo Total, y en ella vive, como cada célula vive de toda la vida del cuerpo. La vida según el Espíritu de Cristo, la vida espiritual es de suyo, en virtud de una exigencia intrínseca, una comunión universal. Esto se verifica con la máxima intensidad en la celebración del misterio litúrgico, donde la realidad espiritual, sacramental, está presente objetiva y eficazmente, sobre todo si existe de parte de los que allí están -“los circunstantes”-, que son también “co-celebrantes” (aunque no necesariamente “concelebrantes”), una participación real, efectiva e intensa que supone que la celebración objetiva está adaptada a las presencias subjetivas. En este sentido, en la medida que una comunidad sea conforme a las exigencias de las personas que la componen, el estilo de su celebración será mayormente determinado por sus presencias; en otras palabras, cuanto más una comunidad sea “local”, será más universal, porque realizará con mayor intensidad la comunión espiritual¹⁸.

Esta realidad quiere significarla la comunidad cristiana reunida en la asamblea dominical. Pero sabemos bien que esta “visibilización”, y especialmente en nuestra realidad latinoamericana, no se consigue plenamente.

Es aquí que aparece en el seno de la koinonía eclesial, la *COMUNIDAD RELIGIOSA*, “comunidad eucarística de caridad”. La comunidad se propone, por un estilo especial de vida, hacer más viva y perceptible ininterrumpidamente, esta presencia actual¹⁹. La comunidad quiere

neotestamentario de la palabra hay que cuidarse de no reducir la “koinonía” a un significado de simples relaciones amistosas de hombre a hombre. Lo que prima es la dimensión vertical: la “koinonía” está fundada en Cristo y en el Espíritu... En la “koinonía”, la dimensión horizontal aparece así como el resultado de una relación vertical y en ella encuentra su explicación”, cita de J. HAMER, op, “L’Église est une communion”, en *Unam Sanctam* n. 40. Esta cita la tomamos del P. DELPLANQUE, op, “La vie en Communion” en *Sup. de Vie Spirituelle* n. 86, set. 1968, p. 308.

“La comunión es vida, por lo tanto, movimiento. Esto no aparecía con suficiente claridad en la eclesiología preconciliar. Se afirmaba que la comunión horizontal era el resultado de la comunión vertical. Pero a la luz de la “Lumen Gentium” se puede ahora decir que la vida de comunión en la Iglesia es doblemente vertical: fundada en el movimiento que parte de Dios: Voluntad salvífica y teología de la imagen del Padre, revelación y redención del Hijo, animación del Espíritu Santo. Pero la comunión en el Cuerpo Místico que como tal resulta, está totalmente orientada en la marcha hacia el Padre, en la marcha del Pueblo de Dios hacia la consumación del Reino en la gloria de Dios”. B. DELPLANQUE, *art cit.*, p. 323.

¹⁸ Cf. J. LECLERQ, osb: “L’Assemblée locale dans la comunión de L’Église Universelle”, *Maison Dieu*, n. 79, 1964, pp. 83-84. De aquí un fundamento doctrinal para un amplio “multipluralismo” litúrgico dentro de una misma congregación monástica...

¹⁹ Es bien conocida la gran importancia que el *Documento Final* de Medellín ha dado a las comunidades de base en la renovación de la Iglesia Latinoamericana. Cf. Jorge MEJÍA, “Medellín y las comunidades de base”, *Criterio* n. 1558 del 24 de octubre de 1968, pp. 804-806. Baste citar en la parte de “Evangelización y crecimiento de la fe” (VI Pastoral Popular, 3, Recomendaciones Pastorales, 3,5): “La comunidad se formará en la medida en que sus miembros tengan un sentido de pertenencia (de “nosotros”) que los lleve a ser solidarios en una misión común, y logren una participación activa consciente y fructuosa en la vida litúrgica y en la convivencia comunitaria, inculcándoles un

ser, pues, signo de la comunión eclesial en cuanto ésta es don del Padre hecho en Jesús y en su Espíritu.

Sabemos que el estado religioso participa de un don carismático dentro de la Iglesia y no para beneficio exclusivo de su poseedor, sino que siempre es una función de gracia en beneficio del crecimiento del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Esto aparece claramente en LG 43²⁰: la vida religiosa es una participación de la gracia eclesial. Así, si los consejos que nos insertan en el estado religioso, unen con toda la Iglesia Misterio, en su ser, deben resultar en provecho de toda la Iglesia. La Iglesia es un Misterio, pero ese misterio se inserta en la Historia, es una Iglesia Peregrina. Pero esto significa hacerse visible: “luz de los pueblos”. Iglesia-Sacramento, sacramento e instrumento de la unión entre los hombres: la significa y opera en su interioridad, es un dinamismo de gracia que lleva a eso que significa. La comunidad religiosa al significar esa unión de Cristo con la Iglesia o el misterio de bodas o el misterio de amor unitivo, da al mismo tiempo una gracia para que dinámicamente la libertad de los religiosos esté apoyada en su búsqueda de ese misterio de unión²¹.

“La Iglesia es una comunión de comunidades”²², y cada comunidad religiosa debe hacer presente esa comunión. Debe ser un signo que atraiga a los miembros del Pueblo de Dios para cumplir los deberes de la vocación cristiana en su sentido total. Proclama el valor del Reino como supremo valor, consiguientemente y sobre todo es testigo de este valor de una manera más específica a través de los *VOTOS*²³. Estos son, antes que nada, testimonio y signo que quieren expresar en una vida y carne humanas, el hecho de que la comunión por la cual la comunidad trata de llegar a ser una célula más perfecta, proviene fundamentalmente de Dios sólo, en Jesucristo.

Así por la *castidad* libre y gozosamente asumida, la comunidad proclama que el amor que la habita no pasa a través de las solicitudes carnales (que, por supuesto, son buenas en la gracia), sino que proviene de la acción del Espíritu que graba en cada uno de nosotros los rasgos de Cristo. Por otra parte, no elegimos a nuestros hermanos, Dios mismo nos los da, y si cada día tratamos de amarlos más intensamente, no es en primer lugar porque nos gusten humanamente, sino porque el Padre los ha hecho hermanos nuestros al dárnoslos y darles a ellos la gracia de la comunión. Nuestro amor fraterno no tiene otra fuente y lugar que el don del Padre en Jesús: mi hermano no es aquel a quien yo he elegido amar, sino aquel a quien el Padre, al salvarme me ha dado a amar²⁴. Lo mismo puede decirse de la pobreza. Al rechazar toda posesión personal,

objetivo común: el de alcanzar la salvación mediante la vivencia de la fe y del amor”. En el art. citado, el P Mejía dice que “la referencia a la comunidad de base -en la parte del Documento dedicada a los religiosos- debería ser superflua, porque la vida religiosa no es más que la realización progresiva de esa comunidad entre los que la profesan”. P. Y. EMERY (Taizé): “Vie liturgique et vie de Communauté”, *Maison Dieu*, n. 95, 1968, pp. 127 y 130: “La alabanza construye la vida fraterna porque expresa aquello que constituye su misterio: la vida fraterna se recibe de Cristo por el Espíritu, su unidad no es el resultado de mutuas concesiones (o muy secundariamente) sino de una inserción común en la vida misma de Dios; y la vida Cristiana -monástica en particular- no tiene otro sentido que el de un ofrecimiento a Dios (u ofrenda). Es por este motivo que el OFICIO es el mejor signo de la comunidad monástica, el momento y el acto en que ella mejor expresa aquello que la constituye esencialmente”. “Es a partir de este misterio inexpresable (el Misterio Eucarístico) que se debe al OFICIO, en su más amplio sentido, como una fuente misteriosa, pero concreta y llena de fuerza, de energía espiritual, como una concentración y una recapitulación en Cristo”. Cf. P. BERNOT, “La notion de communauté dans les Actes de Vatican II”, *La Maison Dieu*, 91, 1967, pp. 65-75.

²⁰ Cf. LG 43 y 44.

²¹ P. BOASSO, sj, “La comunidad religiosa como signo”, CAR Encuentro de Provinciales y Delegados Provinciales. 24-29 de Junio de 1968; San Miguel. Argentina.

²² J. LECLERCQ, *art. cit.*, p. 68.

²³ Cf. J. M. R. TILLARD, op, “Les grandes lois de la renovation de la vie religieuse” en *Vat. II de Unam Sanctam* n. 62, 1967, pp. 77-158. Es a este artículo que se deben numerosos párrafos, y con esta cita queremos expresar lo mucho que ha inspirado este trabajo.

²⁴ Aún con la seguridad de repetir conceptos ya expresados transcribimos un hermoso párrafo de D. BONHOEFFER (obra ya *cit.*, p. 16): «“Hermano en el Señor” llama Pablo a su congregación (*Flp* 1,14). Sólo mediante Jesucristo es posible que uno sea hermano del otro. Yo soy hermano para el otro gracias a lo que Jesucristo hizo por mí y en mí; el otro se ha convertido en mi hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por él y en él. El hecho de que sólo por Cristo

inclinarse voluntariamente a un estilo de vida más modesto, llega a significar públicamente que el don de la comunión y de la fraternidad, que el Padre nos ha hecho en Jesús, es suficiente para llegar a extinguir nuestro deseo de posesión más allá del único bien necesario. Es además en y por esta fraternidad que, por la puesta en común de los frutos del trabajo, cada uno encuentra lo necesario a sus necesidades más esenciales. En este plan es, posiblemente más importante el valor de la *obediencia*. El religioso se compromete a orientar su vida, su servicio al “plan de Dios”, a través de la voluntad de un hermano, su superior. Sin que por eso deponga de ninguna manera su juicio personal, él quiere leer la voluntad del Padre en la voluntad del hermano. Los *VOTOS*, aparecen como un esfuerzo generoso para mostrar claramente en la vida de la Iglesia los rasgos grabados en lo más íntimo de Ella misma, en la profundidad de su ser en comunión.

No vienen a agregarse como algo externo al misterio eclesial. Representan el esfuerzo de la Iglesia para llevar a su límite más extremo las implicaciones del hecho esencial, que, Ella es el don de la comunión (filial adoptiva y fraternal) que Dios hace a los hombres. Pero la comunidad no está sólo caracterizada por los votos. Estos se ordenan a *un estilo de vida evangélico*. Este mismo estilo debe ser “sacramentum”. Es necesario que la vida en común, trate de expresar de la manera más clara posible, los rasgos de la vida de la Iglesia, en efecto, no es únicamente “koinonía” ontológica sino también de vida de “koinonía”.

Jesús seamos hermanos, es de una trascendencia inconmensurable. Porque significa que el hermano con el cual me enfrento en la comunidad no es aquel otro ser grave, piadoso que anhela hermandad; el hermano es aquel otro redimido por Cristo, absuelto de sus pecados, llamado a la fe y a la vida eterna. Nuestra comunidad no es capaz de motivar qué es lo que uno es como cristiano en sí, en toda su profundidad interior y devoción; sino para nuestra hermandad resulta decisivo lo que uno es partiendo de Cristo. Nuestra comunión consiste exclusivamente en lo que Cristo ha obrado en ambos. Y esto no es solamente así al principio de modo que podría agregarse algo a esta nuestra comunión con el correr de los tiempos, sino que sigue siendo así en todos los tiempos venideros, para toda la eternidad. Estoy y estaré en comunidad con el otro únicamente por Jesucristo. Cuanto más auténtica y profunda se haga, tanto más retrocederá todo lo que mediaba entre nosotros, con tanta más claridad y pureza vivirá entre nosotros sólo y exclusivamente Jesucristo y su obra. Nos pertenecemos únicamente por medio de Cristo, pero por medio de Cristo *nos poseemos* también realmente los unos a los otros para toda la eternidad».